

EL BALNEARIO DE CROTOS

Sus doctas Haraposidades, los señores Moyaresmio y Crk Iseka, reposaban esa mañana sobre la arena de la playa de la bahía de Gazofilago; este lugar estaba situado en el oeste de la Tecnocracia, junto al Océano Tracio, mucho más abajo con respecto al paralelo que pasaba por Monitoria, capital del país.

La tal bahía era prácticamente el último vergel antes del gran desierto del occidente, cercano a la frontera califal, conocido como El Bronce de Satanás.

Como nadie iba a la mencionada playa paradisíaca puesto que los magnates no la habían descubierto a tiempo, se fue convirtiendo poco a poco en una gran atracción turística para crotos. Linyeras y mendigos de toda la Tecnocracia pasaban allí sus vacaciones, e instalaban carpas de arpillera.

Cuando los potentados y jerarcas se percataron del lugar que habían perdido, ya era tarde. ¿Quién se atrevería — y con qué medios — a expulsar a los rotitos, que eran centenares y estaban protegidos nada menos que por el temido Benefactor (así llamaban también al Monitor o Jefe de Estado) a quien le habían caído en gracia?

Los crotos por su parte, chochísimos con la situación, viajaban de un punto al otro del enorme país haciendo lo que les daba la gana todo el año, y pasando uno o dos meses del verano en la bahía de Gazofilago.

Llegaban a la playa ataviados con sus plumajes más costosos, y centelleantes de mugre.

Los señores Moyaresmio y Crk, se encontraban confortablemente instalados bajo una sombrilla tan descolorida que parecía haber sido sacada del fondo del mar. Vestían bermudas hechas con restos de cortinas, las cuales tenían cosidas flores recortadas de las revistas de moda, y calzaban hawaianas de cartón atadas con pólínes.

La mañana era hermosísima; no hacía demasiado calor y el agua quedaba a pocos metros de ellos, clara y pura.

Dijo el señor Moyaresmio, mientras tomaba un largo trago de vino blanco helado:

—No hay nada como la vida natural.

Mientras bebían, estos dos déspotas ilustrados de la pobreza, escuchaban gracias a un fonógrafo antediluviano con manijita para darle cuerda, adaptado a 33 r.p.m. y cambiador automático: Cuentos de Baviera, Marcha de la cerveza, Wenn clier Toni mitclet Vroni, Polca de Stachus con Rudi Knabl en cítara, Luisa la tiradora y En Munich hay una cervecería, con Otto Ebner y su Orquesta de Vientos¹.

Cerca de allí había un trencito de puestos para la venta de chorizos y panchos, edificado con maderas importadas de las cabañas hindúes, las cuales crecen como plantas a orillas del Ganges y que venían con gusanos y todo; tan podridas las tablas que podía hundirse el dedo en ellas.

Circulaban por la playa, numerosos rickshaw para crotos acaudalados, que pagaban al tirador de varas con azúcar blanco y fósforos.

No faltaban los bañeros con camisetas de football agujereadas, que tenían delante y atrás sendos carteles de papel sostenidos por medio de alfileres:

¹ - Todas las canciones, con los intérpretes mencionados, fueron extraídas del long play: Punto de reunión Munich. B. L. E. Telefunkten.

GUARDAVIDAS

Los bañeros no sabían nadar, por supuesto; pero tampoco era necesario ya que los turistas eran alérgicos al agua, por razones obvias; para ser considerado un imprudente, bastaba colocarse tan cerca del mar que su espuma llegase a salpicarle los pies. Quienes montaban vigilancia se encargaban de llamar inmediatamente al orden a cualquier posible excéntrico. La tierra no se quita con agua sino con baños de arena, como todo el mundo sabe.

Mujeres despóticas en la abundancia de sus fofas carnes, y que por la edad bien pudieran haber sido camareras de María Estuardo reina de Escocia, se paseaban de lo más orondas luciendo tangas apretadísimas, hechas con telas de amianto, robadas de los rincones destinados a guardar extinguidores, granadas, matafuegos y otras. Es que los trajes de baño hechos con amianto puro, estaban haciendo furor ese año.

Había también, sin embargo, chicas bastante jóvenes, desgreñadas con elegancia, de un color parduzco —no se sabía si por el sol, la raza o la tierra—, que anadeaban sensuales. Lamento decir que no todas eran honradas; las seducían especialmente los linyeras gordos, de anteojos ahumados, tomadores de mate con azúcar y que jamás descendían a prender un cigarro con un tizón sacado del fuego, sino que exclusivamente usaban fósforos. Con un derroche que las dejaba pasmadas, veían cómo estos ricachos encendían un cigarrillo armado y luego, con displicencia y los ojos entornados, tiraban el ya inútil palito de cabeza quemada. Estos gordos, podridos de tabaco y azúcar blanco, insisto, nunca fumaban un armado hasta súper quemarse los dedos. Les pegaban 13 ó 14 pitadas y después los tiraban.

Horas más tarde, a través de un crepúsculo de aguas rojizas, y luego de comer morcillas y chorizos exquisitos, y que-

esos picantes asados en parrillitas improvisadas con alambres, regadas generosamente estas viandas con un par de tintillos cosecha 20 de octubre de 1983², sus Rotosidades Ilustrísimas, previo acomodarse los plúmbeos andrajos, se tiraron de panza sobre el pasto, muy cerca de la arena, fumando con una suerte de magisterio tan sólo superado por emires califables.

Dijo el señor Moyaresmio, mientras lanzaba un largo suspiro:

—Estas fiestas al aire libre, me recuerdan los grimorios que cada tanto efectúan los magos.

Crk, algo somnoliento:

—¿Qué es un grimorio?

—Es una suerte de cena mágica, ritual. Una gran festichola a fowl que se mandan los esoteristas. Hay manjares delicados, vinos exquisitos, sexo, etc. A veces comen cosas asquerosas, pero las devoran con gran placer y piden más.

Grimorio clásico, que conozca, sólo el que otro croto me contó cuando yo era chico. Es una historia complicada y larga, en la cual el grimorio es sólo uno de los incidentes de ella; de modo que no sé si...

Y el señor Moyaresmio se encogió de hombros, dejando su espalda expuesta al libre juego de las tensiones de sus mugres.

El señor Crk:

—Adelante, Ilustre. Cuando usted empezó a hablar, me preparé para distraer un tiempo de mis tremendas y abrumadoras ocupaciones de animal mágico; ¿así nos llama el Monitor, verdad?

2- Como el día mencionado empezó la primera guerra atómica, las botellas envasadas en esa fecha eran muy buscadas ya que tenían todo el bouquet de las primeras radiaciones.

—Si usted es un bicho de éstos, hágame aparecer una danzarina turca.

—Pero cómo no —respondió en el acto el señor Crk, y arrojó al aire un gran puñado de arena al tiempo que decía: —In nómine Grómine.

Por supuesto, no pasó nada. Además, en un brusco cambio de viento, la arena cayó sobre el señor Moyaresmio haciéndolo lagrimear.

Un inculto cualquiera habría proferido un exabrupto. No el señor Moyaresmio, que era un aristócrata bonapartista. Se limitó a decir, al tiempo que se limpiaba los ojos con un pañuelo pando:

—Tengo la impresión, señor Crk, de que su magia ha fallado. Una equivocación al exorcizar, tal vez. Lejos de materializar lo pedido, usted produjo una variación vectorial en el dulce zéfiro. Si mi juicio es erróneo, le ruego que no vacile en refutarme.

—Tiene usted toda la razón. En realidad, a esta profesión de animal mágico la ejerzo desde hace sólo cuarenta años. Soy inexperto aún.

El otro, muy amablemente:

—Comprendo. Es toda una incomodidad.

—La sobrellevo. Pero usted se disponía a decirme...

Entonces, el señor Moyaresmio Iseka, comenzó la narración de Gran caída de la indecorosa vieja. Un rato después, esta larguísima historia fue cortada abruptamente por el señor Crk Iseka, este dijo con un suspiro:

—Ilustre..., por favor. Creo que ya está bien. Usted cuando se da manija no la para más.

Moyaresmio Iseka:

—Es una verdadera pena que me haya interrumpido. El sultán no cortó la cabeza de Sheherezada, después de todo.

—Es cierto. Pero la pasó para el otro día.

—Bueno, está bien —admitió el señor Moyaresmio—. De cualquier manera ya conté bastantes cosas del cadí. Lo suficiente como para que usted se haga una idea.

—O varias.

—No obstante es una lástima. Los perros sagrados aparecen por fin, y se comen —en el famoso grimorio— a la despreciable, arrogante, roñosa y metida vieja. ¿Qué caviar podría compararse a la carne de sulfuroso chichi, palabra esta última que en mi léxico significa mala persona? Sólo una alegría puede tragarse a otra.

Viendo que su amigo se mantenía inconmovible y no decía nada, el señor Moyaresmio prosiguió luego de un tenebroso suspiro:

—Bueno, bueno, está bien. Usted se lo pierde. Se revelan secretos insospechados del grimorio, en ocasión del juicio, castigo y exequias del doble astral de la vieja reblandecida —al fin enganchada en la buena—, que... Pero en fin, dejemos eso. De cualquier manera —y le advierto, en esto me mantendré intransigente—, a lo máximo que me avengo es a esperar hasta mañana, luego del desayuno, para contarle la sorprendente y maravillosa historia N° 948, titulada La momia del clavicordio.

Tranquilizado al saber que le endilgarían el tiesto sólo después de un sueño reparador, el señor Crk Iseka resignóse.

Algunas masas de nubes flotaban sobre el mar. Pocas, pero densas y de color blanco; grises hacia su interior. En el lado

opuesto, desde el centro de la tierra tecnócrata, amanecía. El Sol intentaba salir detrás de un lejano árbol cónico; rodeado éste de nubes, rosadas con franjas azules, tenía la apariencia de un postre.

Pasó una hora. El árbol ya era un helado encristalado en azul gélido y rayas espectrales de limón.

El señor Moyaresmio se despertó. Miró el cielo y el horizonte con aprecio. Encendió un fuego con varias leñitas que juntó y puso a calentar agua para tomar unos mates.

—Señor Crk... señor Crk...

—Mh.

—¿Un mate, quizá? ¿Una rosquilla con mucho azúcar, tal vez? —y paralelamente a la infusión ofrecida, extendía con la otra mano una bolsita inmundada, de papel, pero de contenido luminoso.

El señor Crk, tomando el mate y una rosquilla:

—Decirle que no sería una descortesía que usted no se merece, señor Moyaresmio.

El aludido volvió a mirar el cielo, por segunda vez en el día:

—Nunca se le ocurrió, señor Crk, que ciertos amaneceres parecen crepúsculos y algunos crepúsculos son idénticos a amaneceres?

Zumbón:

—Ilustre... no se ofenda, por favor, pero... esa frase no fue original ni siquiera cuando alguien la dijo por primera vez. Se parece muchísimo a aquello de: "Ya se hundió el Sol en el ocaso"; "Las nubes arremolinadas como una turbulencia de mortajas que tratasen de jbyyychck!"; "Tanto va el cántaro a la fuente que al fin se etcétera" Y otras.

—¿De manera que no le parezco original?

—Para nada, Ilustre. Ahora: si usted obviase las secuencias fatigosas y pasara a la narración que ayer me prometió...

Pero el señor Moyaresmio estaba en otra. Incluso se olvidó de continuar cebando mate, y dijo distraído:

—Ya va, ya va.

Encendió un cigarrillo egipcio, lo sostuvo descuidada y decadamente en la mano izquierda, y con un palito dibujó un diminuto fusil sobre la arena. Luego levantó su vista de lince y observó un gorrión evolucionando en la selva de su árbol. Pensó que con el fusil que acababa de fabricar, ese hermoso ejemplar de *passer domesticus* podría ir a cazar cascarudos. Los coleópteros evolucionando como rinocerontes de otra dimensión, ante rifles para caza mayor. Balas rebotando en los élitros. Disparos de bazooka, pegando inofensivamente sobre los blindajes del tanque Stalin III, en Corea: "Otro ataque como el de la semana pasada y terminarán por echarnos al mar, mi sargento. Tómesele con calma, Benson. Ya vendrá Mac-Arthur a rescatarnos

—¿Y? ¿el cuento que iba a contarme? —inquirió el señor Crk Iseka, sacando al señor Moyaresmio de sus ensueños.

—Decididamente, mi querido amigo, carece usted de todo sentido de la oportunidad. Me encontraba sumergido en un delirio delicioso; quién sabe en qué magnífico sistema de las artes o arquitecturas mentales, pudo haber terminado.

—Lo siento.

—Oh, carece de toda importancia —el señor Moyaresmio dio vuelta su cuerpo, y quedó boca arriba; parecía un faraón de arcilla secada al sol. Imponente, soberano y majestuoso luciendo su guayabera portorriamericana de harpillera, y sus

zoquetes cortos, hechos con seda importada de las Islas Vírgenes, sostenidos mediante cables telefónicos.

Comenzó a narrar, mientras miraba el cielo por tercera vez en el día³:

—Debo advertirle: lo que voy a referir es un cuento sólo en parte. Con la clarividencia que a usted lo caracteriza, no dudo que será capaz de vislumbrar la verdad a través del desplazamiento de las exageraciones.

Había una vez una raza en silla de ruedas mentales. Eran los epilépticos del humor: unos solemnes de mierda, en otras palabras, ya que carecían de toda flexibilidad para el mínimo cambio de unidades, que les permitiera adaptarse a lo nuevo y gozarlo. Eran como grandes masas de excrementos⁴ en flotación. Al morir caían a tierra haciendo plop. Porque le digo, la frigidez en cualquiera de sus aspectos: sexual o mental, es una enfermedad mágica; como la epilepsia.

Esta no era una raza continua —tal como son los judíos, armenios, baskos o gitanos—, sino discontinua; nacidos sus miembros como por mutación de entre todas las razas. Habían logrado formar una nación, no obstante, y en ella mandaban.

Las características eran de lo más interesantes. Había quienes, por ejemplo, quedaban podridos instantáneamente en medio de una conversación, o a través del giro de una frase. ¡Lo que puede lograr una palabra incorrectamente usada, o la

3- Pese a todo, no debe confundirse al señor Moyaresmio con un espiritualista. Miraba sólo el cielo terrenal, con sus crepúsculos y amaneceres. Los límites son la más elevada pasión del hombre; esto hacía que Moyaresmio fuese una persona normal, lo cual también es un límite.

4- Definición de la palabra excremento, según la Enciclopedia Sopena, tomo 1, pág. 1080, quinta edición, Barcelona, 1933: "...en general, cualquiera materia asquerosa que despiden los cuerpos por alguna vía natural".

energía discordante de una falla en la sintaxis! Los individuos de esta raza chichi, cuando les ocurría el suceso mencionado con anterioridad, seguían viviendo, durmiendo, comiendo y copulando, podridos por completo, con gusanos y mal olor. Hasta que se les iban cayendo los pedazos de carne: primero los músculos, luego las piezas anatómicas que constituyen los órganos internos. Algunos muy tenaces resistían hasta último momento y, aquí entonces sí, caían desmoronados; la pilita era arrastrada a un rincón cualquiera hasta que alguien se la llevaba.

Dejaban muy temprano en la vida de practicar el amor físico, ya que los órganos sexuales eran los primeros en sufrir el aniquilamiento. Cuando se declaraba la putrefacción —cosa que siempre los tomaba por sorpresa—, iban a encarnarse con lo primero que viniese así tuviera sífilis o lepra, tratando de compensar en unas horas, lo que no habían hecho en toda la vida. Ya castrados se dedicaban al adoctrinamiento de la juventud —también bastante podrida por otra parte—, acerca de las bondades del ascetismo.

Crk:

—Me parece, Ilustre, que usted está hablando de los sorias⁵

—Goza con interrumpirme.

—¿Cómo?

—Que goza con interrumpirme, digo.

—Pero está refiriéndose a ellos ¿cierto?

—Puede ser.

5- Los sorias eran los habitantes de Soria, nación ésta contra la cual la Tecnocracia estaba en guerra desde hacía cinco largos años. Las cosmovisiones de ambos países eran opuestas. En Soria todos tenían el mismo apellido: Soria tan sólo variaban los nombres de pila. De la misma forma, la totalidad de los habitantes de la Tecnocracia se apellidaban Iseka.

Levemente zumbón:

—Usted tiene una gran autoridad para hablar de cosas sorias. Tengo entendido que antes de llamarse Iseka, su apellido era Soria ¿no?

Algo molesto:

—Usted no pierde oportunidad de recordarme mi origen.

Crk aumentó el zumbido, pues era consciente de hasta dónde podía ir con el otro:

—Y, dicen que aunque el soria se vista de seda, Soria queda.

Si el señor Moyaresmio estaba herido, no lo demostró:

—Repetiré lo dicho por un periodista de Camilo Aldao, cierto pueblo donde estuve una vez: “Tengo una triste solvencia” para hablar de todo lo referido a Soria. Como que yo fui un soria.

Crk, haciendo vibrar el zumbido mediante el clave continuo:

—¿Y usted está seguro de que el Monitor lo puso en la lista de exceptuados, etc.? ¿Tiene el perdón metafísico a mano, por favor? ¿o se le extravió?

Moyaresmio evitó contestar en forma directa. Procedió exactamente igual que si no lo hubiese oído:

—Da la casualidad de que si fuimos sorias alguna vez y dejamos de serlo, ya no volveremos. Sabemos muy bien por qué nos alejamos del chichi. Por el contrario, los de apellido Iseka son quienes corren grave peligro de soriatizarse.

Riendo:

—Bueno, bueno. No lo tome a mal.

—No lo tomo a mal. Le digo, eso es todo.

—Siga contando la historia, se lo ruego.

—Volviendo a las características de aquellas mierdas flotantes de las cuales hablaba: el objetivo primordial en la existencia de esas derivadas parciales del Anti-ser, era reventar a sus antípodas. Cada uno en este país, sabía que en algún sitio, allí o en otra parte, había un ser humano al que necesitaban —y podían— joder de alguna ingeniosa manera o forma. Cuando por fin esto era logrado, perdido ya el norte de sus existencias, caían en una apatía total que aceleraba el proceso de la destrucción orgánica. Era como si el Anti-ser en persona hubiese empezado a derivar de sí, según incontables ejes de coordenadas, a esos engendros.

Claro está, como eran muy pocos los enemigos verdaderos de estos bofes pestilenciales, a veces debían unirse miles de chichis antes de encontrar una sola antípoda común.

Pero, el señor Crk Iseka, quizá debido al calor o por otra causa, había dejado de escuchar. Deliró para sus adentros: “Un perro sagitariano me saltó a la garganta. Veloz como un rayo le pegué un golpe de aries con el canto de la mano, y cayó muerto en el acuario. Jodete. Jodete per sécula. Una araña de libra —su forma imitaba la balanza, con oscilaciones de platillos alrededor del eje—, con caireles de leo, solares y refulgentes, que había robado para ponérselos en las orejas, avanzaba hacia mí. Me dispuse a defenderme con la púa del escorpión, cuando mi compañero gritó: ¡Métale! ¡métale un piscis eléctrico en el culo, señor Crk!”

El señor Moyaresmio Iseka, percatándose en el acto de que ya no lo atendían, se puso furioso:

—¡Ya ha dejado de escuchar! ¡seguro que está pensando en otra cosa! —se fue calmando poco a poco—. No sé verdaderamente para qué me pide que le cuente historias maravillosas —pausa—. Y ojo: que los cochináceos de mi narración

empezaban siempre así sus putrefacciones: siendo distraídos y desatentos. Así que: ¡cuidado! —agregó con sozna.

El señor Crk Iseka, lila fluorescente de vergüenza, prometió enmendarse y pidió a su amigo que, aunque fuera por esa vez, lo perdonase. Pero luego intentó maniobrar, dentro de un inculco color fucsia:

—Lo único es que creo convendría que me contara de una vez la sorprendente e inigualada historia de la momia del clavicordio, pues con tantos vericuetos me pierdo.

Moyaresmio:

—No busque excusas. Por lo demás, si no le describo la idiosincrasia de ese pueblo, no entenderá lo que sucedió con la momia.

En ese país era notable cómo los chichis, sin querer, a veces realizaban actos de justicia pese a lo absurdo del sistema. Era como si el Ser intentara capitalizar a su favor la desgracia. Ellos se movían mediante comodines y frases hechas, así éstas se transformaban al fin en alegorías devoradoras que destripaban a sus mismos inventores.

El inconveniente de las alegorías es que tienden a integrarse entre miembros de una misma especie. Si la sumatoria tiene suficientes sumandos, se transforma en el Arma Final que destruye toda civilización. La única forma de terminar con tal estado de cosas sería oponer, a este tumor de baba diabólica, otra alegoría más fuerte y de signo contrario. Pero ello no es posible en un planeta donde reina el Anti-ser, quien mata en su cuna a toda alegoría que se le oponga.

El señor Moyaresmio hizo una pausa para comerse medio salamín. Disponíase a contar otras anécdotas referidas al pueblo de los bofes putrefactibles, cuando observó que su amigo empezaba a fijarse en la posición del Sol para consultar

la hora, como quien levanta su muñeca para mirar un reloj pulsera gigantesco. Se apresuró entonces a decir:

—Pero, ya es hora de que cuente la maravillosa e increíble historia N° 948, titulada *La momia del clavicordio*.

Crk:

—¡Por fin!

LA MOMIA DEL CLAVICORDIO

Roberto Prescott y Pedro Pecarí de los Galíndez Faisán, eran egiptólogos y pertenecían a la raza discontinua de los bofes putrefactibles. Se encontraban haciendo excavaciones en el Valle de los Reyes de la Música, y también en Gizeh. Su objetivo era encontrar la tumba de Tutanchaikowsky. Sabían que ella, al igual que todos los grandes y pequeños monumentos funerarios, había sido desvalijada por los saqueadores de tumbas; muchas de éstas una escasa hora después de haberles puesto sus sellos los sacerdotes.

La leyenda hablaba de que si bien la tumba de Tutanchaikowsky había sido violada, volcados los objetos sagrados, robadas sus copas de oro y plata —y lo que era más sacrílego e inútil: quemada la momia por orden de los Reyes Pastores—, igual ella contenía un tesoro arqueológico de incalculable valor, que las sucesivas generaciones de ladrones no habían tocado por considerar despreciable: el clavicordio de Wolfgang Amadeus Mozart.

Como ya dije, prácticamente no había tumba que no hubiese sido visitada por esa gente excelente: la de Mendelssohn, Richard Strauss, Schumann. A este último compositor le habían sido cortadas las manos con una pistola de ultrasonido que lanzaba un *La* obsesivo pues los hechiceros se las habían comprado a los saqueadores para preparar con ellas filtros mágicos.

Ni siquiera Ricardo Wagner pudo escapar a la depredación, pese a que se hizo construir una Gran Pirámide de dos kilómetros de altura, haciendo trabajar a latigazos a sus ribelun-

gos y a los gigantes Fáfner y Fásolt durante veintisiete años: casi todo el largo reinado de este autócrata. Los esforzados ladrones, con una industria digna de mejor causa, se las habían ingeniado para practicar un túnel en la piedra hasta la Cámara del Rey. Pusieron sus manos sobre la Barca Solar Fantasma que el faraón Wagner utilizaba para viajar al País del Poniente; arrastraron y golpearon su momia por las galerías y también a la de Cósima, sacándolas al desierto. Allí, bajo la luz de la Luna y sobre la misma Barca Fantasma, quemaron aquellos combustibles sólidos.

Nietzsche, muy a su pesar, había sido emparedado junto con Wagner, como castigo por haber escrito *Ecce Homo*. Le dieron la misión de custodiar al compositor y defenderlo a través del largo camino. Para salvarse de la pena había iniciado una maniobra parlamentaria de obstrucción, pero fue inútil. Antes de que pusieran la última hilera de ladrillos, tapiando por completo el nicho donde se encontraba envuelto en vendas como Christopher Lee, los sacerdotes le entregaron Así hablaba Zarathustra.

La momia de Nietzsche protegió durante largo tiempo la tumba. Primero liquidó a una banda de mil ochocientos setenta saqueadores; cuarenta y cuatro años más tarde hizo cagar a otros catorce; pero, cuando veinticinco años después entraron en la tumba otros treinta y nueve, lo superaron y reventó apretado como sapo en la leñera. Se habían agotado sus potenciales, y además el horóscopo no era favorable a la momia aquel día. Buen susto se llevaron, no obstante, los que debieron enfrentarla.

Los ladrones de tumbas robaron absolutamente todo —una vez triunfantes—, y quemaron el resto. Sólo quedó el monumento y el gran sarcófago de piedra en la Cámara del Rey.

En lo de Tutanchaikowsky el suceso fue algo diferente, como ya adelanté, puesto que los violadores al menos dejaron el clavicordio.

Roberto Prescott y Pedro Pecarí de los Galíndez Faisán, dieron orden a los obreros para que despejasen por completo de arena la entrada. Galíndez Faisán en persona rompió los sellos de los sacerdotes; estaban intactos puesto que los saqueadores habían entrado por otro lado.

Ya en el interior pudieron observar los estragos del pillaje: las mesas rotas, partidas las estatuas, el sarcófago de piedra rajado a martillazos y la parte del techo situada arriba suyo, ennegrecida por el humo que despidió la momia al quemarse.

Al fondo de un oscuro corredor, parcialmente obstruido por escombros de esfinges, se encontraba el clavicordio cuajado de jeroglíficos.

Los dos organizadores de la expedición, comenzaron a leer:

A quien toque en este clavicordio sin respeto ni merecimiento, le caerá encima la maldición de Tutanchaikowsky.

Roberto Prescott y Pedro Pecarí de los Galíndez Faisán, se rieron muchísimo. No creían en maldiciones, en primer lugar; y aparte: si la maldición era tan poderosa ¿por qué no protegió a la tumba de los anteriores saqueadores? Además pensaban hacerse ricos y famosos con este clavicordio. ¡Como que había pertenecido a Mozart, nada menos!

Resultaba curioso que los depredadores, hubieran respetado aquel objeto. Lógico habría sido que lo destrozaran junto

a todo lo demás; para hacer daño, en todo caso. La suerte de los expedicionarios era increíble.

Galíndez Faisán puso en marcha su grabador, y comenzó a tocar en el antiquísimo instrumento musical.

La gente le pagaría oro, con tal de tener placas discográficas con la reproducción de los sonidos del clavicordio legendario. En él ejecutaría composiciones del propio Mozart, previos arreglos orquestales, bajo el lema: "Mozart, pero no para exquisitos". Ya se lo imaginaba: "Al alcance del pueblo, mediante arreglos populares; y además... ¡con el genuino clavicordio, hallado luego de permanecer en un sepulcro miles de años protegido por el desierto!"

Pero lo que nadie sabía: ni antes los saqueadores de tumbas ni después los expedicionarios, era que dentro del clavicordio estaba la momia de Mozart, guardada como un arma secreta. Los sacerdotes le habían dado la orden mágica de no intervenir pasara lo que pasase, salvo que alguien tocara el instrumento; porque entonces, ése sí, la pagaría por todos. Así pues la momia, llena de furia e impotencia había asistido a las profanaciones sucesivas, e incluso a la quema de Tutanchaikowsky, sin reaccionar. Aguardaba el momento en que estuviese autorizada a echarle mano a uno de esos tipos, y torturarlo día y noche sin cesar un solo instante; ya que por esta misión, había postergado su propio viaje al País del Poniente. Con los agarrotados brazos cruzados sobre el pecho, oraba: "¡Oh, Osiris! ¡Señor del Amentil! ¡Permite que llegue pronto la hora de la venganza!"

Los dos chichis, hechos unos señorones, salieron de la tumba dando orden de poner el clavicordio en seguridad, y cuidando todo el tiempo que los porteadores no rasparan los ideogramas inscriptos sobre la caoba. Pero —y este fue sólo el primero de una larga serie de sucesos inexplicables—, Ro-

berto Prescott, quien se había quedado un poco más atrás, desapareció tragado por un deslizamiento de toneladas de arena que tapó la entrada. No había explicación, ya que la excavación se había realizado con apuntalamiento suficiente.

A partir del desgraciado deslizamiento de arena y rocas citado, comenzó una extraña sucesión de catástrofes. Los miembros de la expedición murieron uno tras otro: enfermedades misteriosas; suicidios; tipos quienes decían que de noche los perseguían las momias; otros, a los cuales las paredes se les llenaban de sangre y debían pasarse la noche entera limpiándolas, etc.

Uno de los ayudantes: Azafrano Capitular Mileto, sumamente preocupado, fue a cierto lugar para que le hiciesen una carta astral. Según el astrólogo, las estrellas revelaban que moriría a causa de un perro. Azafrano pensó que tal cosa bien podía ser: vivía en un barrio lleno de esos animales, todos malísimos. Para protegerse, hasta el momento de la mudanza, fabricó un vaporizador cargado con aceite mineral y pimienta. Con él se consideraba seguro.

Cierta noche —pensaba mudarse dentro de pocas horas y por lo tanto extremaba precauciones— iba hacia su casa con el spray fuera de la cartuchera, como Flash Gordon, puesto que la siguiente puerta sería la de un edificio que tenía dos perros peores que Cerbero, los cuales en anteriores oportunidades le habían arrancado trozos de indumentaria. Caminaba, listo para la acción y soplando un silbato imaginario para que sus tropas invisibles avanzasen (Kirk Douglas. La patrulla infernal).

Sin embargo, los desaprensivos canes no daban señales de vida. Se los habría llevado la perrera o estarían durmiendo.

Azafrano Capitular Mileto suspiró aliviado. Precisamente en el momento en que dijo: "¡Ah! ¡gracias a Dios!", se des-

prendió una monstruosa gárgola de un edificio y le partió la cabeza. Casi no necesito decir que dicha gárgola tenía forma de perro.

Pedro Pecarí de los Galíndez Faisán, por su parte, hacía rato que había dejado de reírse. Transcurridos sólo dos meses desde la apertura de la tumba de Tutanchaikowsky, era el único que permanecía con vida. Donó el clavicordio a un museo para ver si se libraba de la maldición, pero no había caso: en su mansión, de noche, se oían gemidos y ruidos raros, tal como el rechinar de unos dientes gigantes, o alguien que arrastrara por los pasillos un enorme tenedor. No sabía por qué pensaba que se trataba de esto último y no de otro objeto cualquiera.

La venta de las placas discográficas lo había hecho rico y famoso, pero no las tenía todas consigo. Contrató diez guardaespaldas, encargados de cuidarlo día y noche; hacía revisar los frenos y la dirección del coche antes de salir, etc.

Cierta madrugada tuvo un brusco despertar. Alucinaba que sus guardias estaban dormidos. Se levantó para investigar y comprobó que así era. Resultaba tan profunda la conmoción estupefaciente de aquel sueño mágico, que no pudo alterarla ni pegándoles patadas.

Cagado de miedo intentó correr a su habitación y encerrarse con llave, pero, con esas manijas propias del terror, tropezaba continuamente con sus propios pies; así que tardó muchísimo en llegar y cerrar la puerta.

No había alcanzado a suspirar, cuando escuchó un susurro a su espalda. Se dio vuelta sofocado y, desde atrás de un cortinado rojo, apareció Mozart envuelto en vendas, con toda la potestad de su trenza: de la nuca, por entre las telas de lino, salía la famosa con un gran moño negro. Empuñaba un tene-

dor enorme en su mano derecha; la punta algo inclinada hacia el piso, en reposo, como un dios que descansa.

— ¡La momia! — chilló Pedro Pecarí.

Mozart dijo lentamente:

— Hacía mucho tiempo que te quería agarrar, hijo de puta.

Luego de la frase anterior comenzó a desplazarse muy despacio, elevando con calma los dientes del tenedor. La momia parecía altísima, de tres metros, y sin embargo no sobrepasaba la altura que tuvo en vida.

Pedro Pecarí de los Galíndez Faisán lanzó un gemido, estorbado por frenos y desgastes que no se alcanzaba a explicar. Era como si el aire se hubiese transformado en un fluido viscoso lleno de vidrios molidos, que imponían un roce y pesados vínculos. Lastimaba caminar. Incomodísimo, con dilación y tardanza, arribó por fin a la escalera que permitía el acceso a planta baja. Descendió por aquella sin utilizar los escalones: flotando con suavidad sobre una delgada capa de aire pegajoso. Se movía, pero siendo cada minuto un lapso más dilatado que el anterior. Ya cerca del fin de la escalera se volvió algo para ver los progresos de su perseguidor. Esa pesadilla de momia se disponía, justo en ese momento, a ir tras él. Y ello bajó como debe hacerlo la Pálida con sus grandes pies desnudos y el largo sudario blanco pesado como el telón de un teatro de óperas; a veces parecía sonreír. Encendía y apagaba por turno el espejismo de una sonrisa, mediante el claroscuro alternado sobre las vendas. Vio a la momia en flotación, delgadísima y trotando sobre el viento, con el tenedor pelado. Velaba en silencio, semejante a las aves rock cuando planean moviendo grandes masas de aire; o empujando pesadamente las aguas, como una enorme manta detrás del hombre rana.

Pedro Pecarí Galíndez llegó al fin de la escalera y como polvo flotó sobre el pavimento del hall, y reinició su torpe marcha lunar. Las mismas invisibles emanaciones que lo sostenían a esa altura oscilante entre cinco y diez centímetros, eran las que lo pegoteaban estorbando su marcha.

Caminó sin rumbo, en figuras geométricas. Si él trazaba una elipse, la momia —siempre detrás suyo— dibujaba un brazo de parábola. Si él construía una senoide, ella la limitaba entre las dos partes de una hipérbola. Una carcoide, tenía como inmediata respuesta una circunferencia perfecta y mortífera. Era como el final de Don Giovanni, sólo que a la inversa; en vez de venir el convidado de piedra en busca del amante, aquí la alegoría estaba invertida: la estatua de Don Juan se acercaba para matar al malvado y prejuicioso Comendador, justo cuando éste pensaba ingerir varias apetitosas viandas.

A veces, en sus marchas y contradanzas, Pecarí Galíndez Faisán bajaba hasta tocar el suelo; pero entonces era peor: parecía que llevara zapatos de metal, y por el pavimento pasase un poderoso campo electromagnético. De ninguna manera lograba entonces elevar su calzado. Sólo podía desplazarse arrastrando con pena sus pies.

Quería encontrar la puerta de calle, pero ésta se hallaba bloqueada por un muro blanco que lo hacía rebotar ante cada intento de aproximación.

Retrocedió trémulo y convulso, siempre confusamente vinculado al suelo. Sus piernas de títere grotesco no cesaban de importunarle con su torpeza, al tiempo que el enemigo redoblaba su acoso de obsesión monstruosa y material.

Salió del hall, pasando así a otras regiones de la casa.

Mediante lentos desplazamientos callejeó por los pasillos, transformados en formidables avenidas. Todas sus vueltas la-

berínticas y espirales, sólo sirvieron para traerlo otra vez al hall de entrada, al pie de la escalinata. Volvió a subirla, siempre perseguido por aquel Minotauro.

El corto trayecto de tres metros entre su habitación y el fin de la escalera, se asemejó a una estremecedora autopista llena de coches. Reptó por ella, húmedo como un sapo, semiparalizado y jadeante. Al disponerse a cerrar la puerta, confirmó una vez más lo que ya sabía de sobra: era inútil buscar refugio allí, porque adentro lo esperaba el deslumbrador espejo de la muerte. El árbol del fin perdió sus cristales que descendieron con lentitud haciéndose trizas luminosas. Aquéllos, sus últimos días, bajaron hasta los bordes enjorjados y fastuosos límites, del sarcófago de la discontinuidad eterna. La principal pobreza militar de la Muerte elevó marciales oriflamas, austeros estandartes de guerra, y negros, belicosos pendones. Las aguas de la consumación subieron. El batracio huyó seguido por blanco aletear de severa grulla. Andrógino chapoteó de un charco a otro, ya muy próximos cuatro colmillos de refulgente tigre. Mullido gordo tierno y flácido, trotando sobre una delgada película de polvo astral; extendida sobre él fulgurante nivea pesada mano. Reverberaron delante suyo irisados mortuorios reflejos como de trampa que cierra. Creía pisar líquenes esteparios o los orientes de heladas joyas.

Una vez más bajó flotando la escalera, en trayectoria rectilínea. Comprendió que abajo lo esperaba la momia, pese a que segundos antes estaba a su espalda. Faisán descendió sobre las puntas del tenedor tetrudentado, semejante a un proyectil cuyo curso alguien olvidó desviar. Con un violentísimo esfuerzo, modificó algo el rumbo. Tocó el suelo con los pies, luego que uno de los pinchos pasara a pocos milímetros de su tórax.

Así prosiguieron largo rato, de un lugar a otro y en ida y vuelta, sin que Faisán pudiera desprenderse de su perseguidor, ni la momia alcanzarlo.

Entendió cuán absoluto es el hecho de morirle en serio. No obstante era tan maldito que con una parte de su alma se alegraba. Él era el hombre que algún tiempo atrás había dicho "La vida es dura. Menos mal que uno tiene sus masoquismos para distraerse".

Distraete ahora, Soria.

Lo que quieren los masoquistas no es morirle sino que los castren y después los dejen tirados en un zanjón. Y vivir muchísimo, siempre quejándose. O que les corten las manos, o los dejen ciegos. O que los maten, en todo caso, pero que la muerte tarde en llegar. Es por eso que a la gente no hay que castrarla, hay que clavarle una horquilla.

—Las muertes rápidas son las peores — dijo Mozart, ya tocándolo.

Tratando de salvarse, en su desesperación, Faisán se fragmentó en ocho faisanes para ver si por lo menos uno podía escapar. Todos ellos aletearon inarmónicos y agarrotados, acosados por ocho momias. Se dividió entonces en veinte, treinta y cinco, en Pedros Pecarí de los Galíndez Faisán, y eran en las torvas momias que los perseguían.

Y llegados que todos los faisanes fueron a la pared definitiva y última, la totalidad se fundió hasta quedar el único verdadero chichi, transformado en agitado y boqueante pollo. Y desde remotas distancias siderales, desde años luz fueron convergiendo sobre este solo punto, las ene alejadas momias, cada una empuñando un tenedor, y en las cercanías de su pecho se fueron uniendo unas con otras, y también lo hicieron las etéreas coordenadas sumables de las armas, hasta

constituir un objeto sólido y letal. La materialización tuvo lugar a cuatro centímetros del pecho de Galíndez Faisán. Y el tenedor se acercó lentamente, y las puntas comenzaron a penetrarlo, al principio sin dolor, como si fueran humores helados.

Los dientes del tenedor se le clavaron como cuatro palabras mágicas, o cuatro óperas.

Terror y dolor. Terror y dolor para Faisán. Y lo traspasó como a un dorado pollo, dejándolo clavado contra la puerta de calle, ahora de madera, sin muro blanco, y que en su momento no pudo abrir.

Así lo encontraron al otro día. Con aquella inmensa pieza de plata, sosteniéndolo contra la puerta.

La primera comió papel hasta morir de un bolo fecal. Comenzó devorando lo no escrito, y siguió con lo que sí escribió: desde las primeras hojas de su diario en adelante. Es por esto que quienes encontraron su esqueleto, sólo pudieron leer las últimas páginas.

El bey podría haber seguido superponiendo palacios hasta el infinito. Prefirió dejar la construcción tal cual estaba; pues así como hubo alguien que escribió novelas, él realizó Arquitecturas Ejemplares. Como una joya la Tecnocracia en el loto.

LA SERPIENTE KUNDALINI

Monitor, en su infinita sabiduría, tomó una decisión con respecto a un hombre. Dio la orden de torturarlo con el procedimiento más costoso que haya existido.

Para construir la máquina de suplicios debieron extraerse nada menos que cincuenta mil millones de metros cúbicos de tierra, arena y rocas; o sea: un poco más de cincuenta kilómetros cúbicos. Vigas de acero, planchas capaces de resistir altas presiones, cables, cemento, etc., integraban el cuerpo del cavernoso engendro.

Sólo el poderío tecnócrata podía lograrlo; sobre todo teniendo en cuenta el tiempo demorado en los trabajos de construcción, que no alcanzó a dos años.

El aparato consistía, entre otras cosas, en un pozo de dos mil metros de profundidad; en su fondo se abrió un largo túnel de cinco mil kilómetros de largo, cuya característica radicaba en irse curvando imperceptiblemente hacia la izquierda. Así, al cabo de su recorrido, llegaba al principio trazando una circunferencia perfecta. Era como una serpiente mordiendo su cola.

Las paredes, tanto del pozo como del túnel, fueron al comienzo mucho más grandes, ya que resultó necesario reservar espacio para poner el cemento armado, las vigas y las planchas, encargadas de soportar las inmensas presiones.

Para comprender la dimensión gigantesca de la galería, no hay mejor cosa que pensar en lo amortiguado de su curvatura.

Se descendía por el largo pozo al túnel, con un ascensor provisto de baterías solares. Cualquiera que marchase por el largo pasillo de cinco mil kilómetros, haría que unas luces se fuesen encendiendo delante suyo y apagando por detrás. Así, el que caminaba, se movía constantemente en el centro de un volumen luminoso de cien metros de largo, y en continuo desplazamiento.

La construcción de las luminarias había sido planeada en esta forma, para que el supliciado no pudiera darse cuenta de la curvatura del túnel; esto habría sucedido, no obstante lo leve de la deformación, si hubiese estado alumbrado en todo su extenso desarrollo.

Cada tantos metros había alimentos y recipientes con agua. Cuando el caminante estaba cansado y con sueño, simplemente podía echarse a dormir en el pasillo de tormentos.

El condenado, solo por completo, sentía sin embargo la presencia del Monitor. Como lo conocía bastante, tuvo razones para sospechar que, en cierto desconocido punto de la prolongada oscuridad, lo estaría esperando alguna trampa: un callejón sin salida destructor de toda esperanza, o una cámara de tormentos donde aguardarían varios verdugos, o cualquier otra cosa.

Todo ello podía esperarse de la mentalidad del Monitor, pero no creía que fuese exactamente así en este caso. "Con seguridad me hará caminar años, para que en un momento dado termine por descubrir que estoy otra vez en el principio y me vuelva loco". Se le había ocurrido por primera vez que podía estar marchando sobre el perímetro de una circunferencia. Un punto moviéndose sobre una sucesión elemental e inflexible de puntos. Según toda evidencia, para el Monitor él debía ser menos que una abstracción en ese momento.

Esto se coincidía con su idea del pensamiento total del Jefe de Estado cuando le daba por ser sutil.

"Todos los tramos de esta especie de mina de carbón son iguales; no obstante al comer y beber iré dejando marcas", arguyó. Se imaginaba a sí mismo mucho después, pensando al ver restos en el suelo: "Parece que otro ha andado por aquí algunos meses atrás", equivocándose acerca de la verdadera manera de ser de la construcción; para, con el tiempo, llegar a descubrir algo que sólo él podía haber dejado y comprender con horror la naturaleza exacta de la pena. Todo esto lo supuso en una convulsión, ya sin caminar, inmóvil por el miedo ático que cubre con membranas.

Pretendió atarse los cordones de los zapatos, para dejar con disimulo su reloj en el piso. Si alguna vez retornaba como temía, lo habría de encontrar. Trató de llamar la atención sobre sí para apartarla del reloj, por si alguien lo estuviera vigilando.

Caminaba diez kilómetros por día. A veces enloquecía y marchaba a paso de ganso en un ataque de furia, hasta quedar exhausto. Otras, echaba a correr como si lo quisieran hervir vivo: lastimándose contra las paredes como el sobrino del profesor Otto Lidenbrock en el Viaje al centro de la Tierra de Verne. Tan posesionado estaba por el recuerdo de este libro que, mientras se llenaba de chichones la cabeza, gritaba lanzando espuma por la boca "¡Saknussemml! ¡Saknussemml..!"; cayendo por fin rendido. "Yo te adoro Graüben, ¿por qué huyes?"

A veces negábase terminantemente a continuar. Sentado en el suelo, pletórico de electricidades mentales y haciendo masa, se proponía volver al punto de partida luego de un descanso, o bien permanecer allí *per secula*. En estas ocasiones, a poco sentía dentro suyo la advertencia de que su única posibilidad de salvación era seguir; si se dejaba dominar por

el nihilismo estaba perdido. Fue disciplinándose poco a poco, cosa que no había hecho durante su vida más que en forma ocasional. Además ¿para qué retroceder si ya se había comido y bebido todo el contenido de los recipientes?

Quizá se los volviesen a llenar en caso de que diera toda la vuelta, pero no si ahora retrocedía. Por algo, el agua y la comida de los envases que agrupaba cada depósito era *exactamente* la que necesitaba para quedar satisfecho; *pero no más*.

Siguió caminando. Una idea lo sostenía ahora: encontrar su reloj para así probar que el pasillo se mordía la cola. O sea: logró dar vuelta la tortura; lo que estaba destinado a suplicarlo se transformó por obra de su voluntad, en su principal apoyo.

A los quinientos días de haber empezado a caminar, encontró su reloj. No pensó: "¿Y ahora qué?"; no meditó en el largo túnel, con planchas de acero como las escamas de una serpiente que se muerde la cola. Descubrió, eso sí, que estaba en la casa de un Dios. Se sentó en el suelo e hizo la flor de loto frente a su joya. Alhajado platino midió el tiempo; la última fracción del definitivo segundo era una espiral de colores sobre discontinuos rieles blancos.

Alcanzó el estado de Samadhi, o iluminación.

El Monitor, al verlo así, lo hizo sacar y le dio un alto cargo. Hasta el fin de la guerra, fue su Ministro de Propaganda.

Tecnocracia. Monitor. Triunfo.

LA CUADRATURA DEL CÍRCULO, EL MOVIMIENTO PERPETUO, LA PIEDRA & FILOSOFAL

Cuadratura

—Se trata de dividir el círculo en triángulos, triangulines, triangulillos y triangulitines; o sea: una progresión decreciente y asintótica, hasta arribar al triángulo gnomo o Príncipe de los Enanitos. Esta verdadera llave ontológica, también denominada Sección Áurea Esplendente, se consigue luego de calcular el valor de los primeros 16.777.216 triángulos. Yo pasé sesenta años de mi vida trabajando sobre ellos, deseoso de hallar su mensura trigonométrica exacta. Me echaron de la empresa en la cual trabajaba y hasta mi mujer me dejó, pero nada ni nadie logró arrancarme de esta vida monacal que me impuse hasta registrar el valor de todos. No permití desviación ni tentación alguna. Impertérrito. No extrañará entonces, que esté lleno de odio contra cualquiera que pretenda poner en tela de juicio mi autoridad.

Pero como decía: luego de calcular todos estos triángulos —a medida que nos acercamos a los últimos, éstos se hacen más chiquititos y es difícil hacerlos—, surge lo que se denomina la *dispensa o indulgencia* con lo cual uno ya queda eximido de seguir buscando la maldita y podrida cuadratura que arruinó mi existir. La odio a la cuadratura y a los círculos. Bastaría que algún estúpido me mostrase un cuadradito o aunque más no fuera un rombo, para que me diese un ataque de histeria y me dedicara a morder alfombras en las cancellerías.